

*El pensamiento de A. Arguedas
y la problemática del indio:
Para una revisión de la novela indigenista*

I. Pretender el examen del pensamiento de un escritor a través de sus obras de ficción plantea no pocos problemas, que la crítica literaria contemporánea ha puesto de relieve con insistencia. «En la 'literatura' —señala Oscar Tacca—, el autor es una *convención* bastante diferente de lo que el autor es para el resto de la producción escrita. Cuando Michelet, por ejemplo, escribe, podemos suponer que las ideas del autor son las del hombre, y en tal sentido, la diferencia no es otra que la que va del hombre práctico a la del hombre que escribe»¹. En la obra de ficción, por el contrario —y resumo las reflexiones de Tacca al respecto—, las ideas o juicios que se insertan no son necesariamente los del escritor. Del análisis de las funciones del lenguaje apreciables en los textos narrativos pueden deducirse dos categorías o entidades sin identificación posible con el 'autor real': la del narrador, cuya misión precisa es la de contar, y la del 'autor', a cuyo cargo quedaría todo cuanto es ajeno al lenguaje estrictamente narrativo: dudas, reflexiones, interrogaciones o 'intrusiones' en general, que «no siempre trasuntan el pensamiento real del escritor, del hombre-que-escribe»².

¹ OSCAR TACCA, *Las voces de la novela*, Madrid, Editorial Gredos, 2.ª edición, 1978, p. 17.

² *Ibid.*; La distinción de Oscar Tacca parece derivar de la teoría de Wayne C. Booth (*The rhetoric of fiction*, Chicago University Press, 1961) sobre el *implied author*, distinto del narrador, pues «toda narración segrega la imagen implícita de un autor escondido tras los bastidores y que no es ni el hombre de todos los días, ni el creador de otras obras, realizadas o por realizar» (véase Roland Bourneuf y Réal Ouellet, *La novela*, traducción castellana y notas suplementarias de Enric Sullà, Editorial Ariel, Barcelona, 1975, pp. 98-99).

El problema admite, evidentemente, otras formulaciones. En general puede apreciarse que esa doble abstracción 'narrador-autor' propuesta por Tacca se resuelve para los críticos en una sola, la del narrador, que asume las distintas funciones. Para Todorov, por ejemplo, la diferenciación de funciones se relaciona estrechamente con los modos del relato, es decir, con la forma en que se nos presenta la historia, y que sustancialmente se reducen a la *representación* y a la *narración*³; si la narración es el puro relato de hechos, todas las demás formas del discurso novelesco se encuadran forzosamente en la representación: además de los diálogos, en estilo directo, las comparaciones y reflexiones generales, es decir, lo que se ha considerado como «intrusiones» del autor, y que «dependen de la palabra del narrador y no de la narración. No nos informan sobre una realidad exterior al discurso, sino que adquieren su sentido de la misma manera que las réplicas de los personajes; sólo que en estos casos nos informan acerca de la imagen del narrador y no de la de un personaje»⁴; se hallan ligadas al «nivel apreciativo» o al «aspecto subjetivo» del lenguaje, son inherentes a cada obra y distintas de las del autor real. Una valoración semejante de esas «intrusiones» puede observarse en Genette, quien las incluye entre las funciones «extranarrativas» del narrador⁵, o en Martínez Bonati, quien también se las asigna al narrador en su función «no mimética»⁶.

Cualquiera que sea la solución adoptada, la conclusión que se deriva de estas consideraciones del texto literario como objeto cerrado en sí mismo es la de su indeterminable relación con el pensamiento de un autor, de un hombre concreto. En suma, la diferencia más notable (o una de ellas, al menos) entre una crónica o ensayo y una obra de ficción, radicaría en que, mientras en los primeros se reflejaría de forma inmediata el sentir o pensar de quien escribe sobre una realidad dada, histórica, social, etc., en la narración literaria tal proyección del escritor no se produce, pues se refiere a una realidad creada, que se agota en el texto de la novela, en la cual hasta el narrador es un rol ficticio, aun en el caso de que fuera directamente asumido por el autor⁷.

Pues bien, salvar las distancias que separan la novela del ensayo histórico o sociológico es la pretensión de este breve trabajo, limitada, ciertamente, al caso concreto de Alcides Arguedas y a *Raza de bronce*,

³ Véase TZVETAN TODOROV, «Las categorías del relato literario», en ROLAND BARTHES y otros, *Análisis estructural del relato*, Comunicaciones, Editorial Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1970, pp. 155-192.

⁴ TODOROV, op. cit., p. 183.

⁵ Véase GÉRARD GENETTE, *Figures III*, Editions du Seuil, París, 1972, pp. 261-263.

⁶ Véase FÉLIX MARTÍNEZ BONATI, *La estructura de la obra literaria*, Barcelona, Seix Barral, 1972, p. 68.

⁷ Véase G. GENETTE, p. cit., p. 226.

relato generalmente considerado como iniciador en nuestro siglo de la narrativa indigenista. Comprobar la proyección del historiador y ensayista en la novela parece ser el camino idóneo para precisar el fondo ideológico que subyace en ella, y que de alguna manera la determina. Y es ese fondo ideológico lo que en último término nos interesa, pues en él radican buena parte de las peculiaridades de *Raza de bronce* respecto de otros relatos sobre el indio andino.

Ahora bien, ¿se proyecta en *Raza de bronce* el pensamiento del Arguedas autor de *Pueblo enfermo* o *Historia de Bolivia*? ¿Cómo confirmar tal hipótesis? Si antes he insistido especialmente en la significación de las «intrusiones» del autor, ha sido porque ellas van a constituir la primera vía de aproximación al pensamiento del novelista, en la consciencia, por otra parte, de que la tarea resultará facilitada al tratarse de un escritor ajeno a las preocupaciones que ya entonces podían observarse, en autores europeos o norteamericanos, en materia de técnicas narrativas⁸: *Raza de bronce* es el relato en tercera persona de un narrador omnisciente, en el que esas «intrusiones» son relativamente frecuentes. La más llamativa, sin duda, se produce al iniciarse la segunda parte de la novela, cuando, con la intención de explicar el origen de las desdichas del indio, la acción se interrumpe para dar paso a una amplia disertación histórica⁹:

«En todas las casas, de todas las bocas se elevó, en secreto, un coro de anatemas contra los criollos detentadores de estas tierras, que, por tradición, habían pertenecido a sus antepasados, y de las que fueron desposeídos, hace medio siglo, cuando sobre el país, indefenso y acobardado, pasaba la ignorante brutalidad de Melgarejo.

Entonces, so pretexto de poner en manos diligentes y emprendedoras la gleba, en las suyas infecunda, arrancaron, con mendrugos o a balazos, la tierra de su poder, para distribuirla, como gaje de vileza, entre las mancebas y los paniaguados del mandón...» (RB, I, 272)¹⁰.

⁸ Como es sabido, la primera edición de esta novela apareció en La Paz en 1919, y desde esa fecha hasta 1945, en que se publica en Buenos Aires la tercera y definitiva, Arguedas realiza correcciones e introduce variantes. Además, para su realización había aprovechado el texto de una novela anterior, *Wata Wara* (1904), con lo que, como afirma el escritor boliviano en la «Advertencia a la tercera edición», «ocupó los mejores momentos de una vida», compartidos, ciertamente, con sus escritos de historia boliviana y sobre todo con el ensayo *Pueblo enfermo*, que también recorrió un largo camino desde su aparición en Barcelona, en 1909, hasta la versión definitiva de 1937.

⁹ Las citas de las obras de Arguedas pertenecen en su totalidad a la edición de sus *Obras Completas*, 2 vols., preparación, prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez, México. Aguilar, 1959. Junto a ellas se hará constar el volumen, la página y el título de la obra citada, según las siglas siguientes: *Raza de bronce* = RB; *Los Caudillos Bárbaros* = LCB; *Pueblo enfermo* = PE; *La danza de las sombras* = DS.

¹⁰ El subrayado es mío, y pretende marcar la transición entre el «relato» y la «intrusión del autor». Transición débil, pero que parece señalada por un cambio sutil en los tiempos verbales: «...que, por tradición, habían pertenecido a sus antepasados, y de las que fueron desposeídos, hace medio siglo». En el

La relación de las hazañas de Melgarejo se prolonga demasiado para reproducirla aquí. Evidentemente, se trata de proporcionar una base 'real' a la fábula novelesca, justificando la cólera creciente de la población indígena ante los abusos que se suceden: la «retrospección» sobre la línea argumental lleva al lector hasta la raíz del mal. Pero no se queda ahí: ya no es la voz de un narrador aséptico, sino la de alguien que se refiere a una época concreta de la historia de Bolivia con explícitos juicios de valor. La confrontación de esos juicios con los emitidos por Arguedas en escritos no «literarios» permite constatar su coincidencia, y consecuentemente la presencia en esas intromisiones del ensayista o el historiador: la presencia del «autor real». Es más, en algún momento puede observarse la utilización de un texto prácticamente idéntico en la novela y en un tratado histórico propiamente dicho:

«Abundaron las hazañas. Se cogía a los adolescentes, de ambos sexos, para fusilarlos en presencia de los padres, atrincados como fieras feroces a postes de madera o barro. Los soldados de infantería se hartaron con forzadas caricias de doncellas, y llegaron a sentir asco por la pegajosa humedad de la sangre; los de a caballo ataron a los principales indios de la cola de sus brutos, y con el trote duro de sus corceles hollaron, como otrora los guerrilleros de la independencia, la grave calma de la estepa, tiñéndola de rojo...» (LCB, II, 972-3).

«Se cogía a los adolescentes de ambos sexos para fusilarlos en presencia de los padres, trincados como fieras, con lazos y grillos, a pilares de barro o madera; los soldados infantes se hartaron con forzadas caricias de doncellas y llegaron a sentir asco por la pegajosa humedad de la sangre tibia; los de a caballo ataron a los principales indios a la cola de sus brutos, y con el trote duro de sus corceles hollaron, como otrora los guerrilleros de la independencia, pero innoblemente ahora, la grave calma de la estepa, tiñéndola de sangre, y todos se mostraron cínicamente crueles y heroicos...» (RB, I, 273).

relato venía utilizándose el indefinido, tiempo característico del relato omnisciente en tercera persona (véase Roland Barthes, *Le degré zéro de l'écriture*, Editions du Seuil, París, 1957, pp. 46-47), respecto del cual el pluscuamperfecto «habían pertenecido» ofrece una noción temporalmente anterior a la situación actual de la narración. Sin embargo, y aun manteniendo la referencia a ese tiempo anterior, se vuelve a utilizar el indefinido («fueron desposeídos»), sin retornar a la actualidad de la fábula, con lo que se rompe la utilización lógica de los tiempos verbales; ruptura que se explica por esa irrupción del autor, abandonándose momentáneamente el hilo del relato. Ciertamente esas «intrusiones» excluyen generalmente el indefinido o aoristo (véase E. Benveniste, *Problèmes de linguistique générale*, Gallimard, París, 1969 pp. 239 y ss.), tiempo propio de la narración histórica y no del «discurso» («enunciación que supone un locutor y un auditor, y en el primero la intención de influir en el otro de alguna manera»), pero su utilización viene impuesta aquí precisamente por su carácter histórico.

Si estos fragmentos reflejan una coincidencia límite, no es menos cierto que la generalidad de los pensamientos, reflexiones o juicios incrustados en el relato novelesco se corresponden con otros expresados en la producción arguediana ajena a la ficción narrativa. Es el pensamiento de Arguedas o su visión personal de los hechos lo que se refleja en esas irrupciones del autor-narrador, con lo que las fronteras entre éste y el «autor real» se diluyen hasta desaparecer. Y, puesto que nos interesa especialmente el pensamiento que subyace en la creación de una novela indigenista, son las «irrupciones» relativas a este punto las que permiten delinear algunos de sus aspectos fundamentales, ya que delatan una visión peculiar del indio y su problemática:

«Tan fuerte era la visión del paisaje, que los viajeros, *no obstante su absoluta insensibilidad ante los espectáculos de la Naturaleza*, sintieron, más que cautivados, sobrecogidos por el cuadro que se desplegó ante sus ojos atónitos...» (RB, I, 249).

«...muchos estaban decididos a marchar a la ciudad para conchabarse como jornaleros y poder reunir algún pequeño caudal, fondo que les permitiese comprar semillas y subvenir a sus exiguos gastos de vida diaria, *que en el indio sólo se suman por centésimas, dada la mediocridad de sus gustos y la inverosímil parquedad de sus necesidades.*» (RB, I, 284).

«...le saludó con humilde inflexión de voz y con el tono bajo y servil *que emplean los indios cuando se dirigen a un extraño a quien desean pedir favor, cualesquiera que sean su casta y condición.*» (RB, I, 227).

Estas citas son sólo algunas de las posibles, y de ellas puede extraerse una incipiente caracterización del indio aymará, que es el sector de la población boliviana elegido para protagonizar la novela. Tampoco faltan las referencias directas a la entidad moral del mestizo y el blanco, o más bien a la carencia de valores de estos sectores de la población nacional, de los que Arguedas tiene una visión absolutamente negativa. En lo que al mestizo se refiere —bien representado en la novela por el administrador de la hacienda, Tomás Troche— concuerda con la exposición que sobre su psicología hace en *Pueblo enfermo*¹¹, según la cual viene a reunir los defectos del indio y del blanco, heredados con la sangre. Pero más interés y significación tienen algunas reflexiones sobre los terratenientes, a quienes en principio hay que suponer de raza blanca, tales como la que sigue (el subrayado, como en citas anteriores, es mío):

«...con diligencia en que parecía irles vida y honra, se apresuraban en sacar a lucir rancios y oscuros abolengos, *cual si el pasar por descendientes de indios les trajese imborrable estigma, cuando patente la llevaban del peor y maleado tronco de los mestizos, ya no sólo en*

¹¹ Véase el capítulo III, «Psicología de la raza mestiza», en O. C., vol. I, pp. 435-440.

la tez cobriza ni en el cabello áspero, sino más bien en el fermento de odios y vilezas de su alma...» (RB, I, 325).

El conflicto ya se adivina, por tanto, planteado entre una etnia primitiva, la del indio aymará, y una determinada psicología, pues «no se sabría precisar, ni aun deslindar, las diferencias existentes entre las llamadas *raza blanca* y *raza mestiza*. Físicamente ambas se parecen, o mejor, son una. El *cholo* (raza mestiza), en cuanto se encumbra en su medio, ya es *señor*, y, por lo tanto, pertenece a la raza blanca» (PE, I, 412). La cuestión racial en su sentido estricto pasa en este sector a segundo término, sustituida por la «psicología del mestizaje» que alcanza por igual a cholos y blancos. Como repetirá Arguedas hasta la saciedad en sus escritos, una de las causas fundamentales de la decadencia boliviana radica en el «predominio de la modalidad mestiza, que se ha ido imponiendo a medida que una selección determinada por la necesidad ha venido desplazando, sumergiendo o desnaturalizando el núcleo racial del elemento ibero, que, ahogado por el empuje incontenible de la raza mestiza, ha ido perdiendo sus cualidades para heredar las de la raza sometida, menos apta que la otra» (PE, I, 571-572). Y es ese «acholamiento» la razón de la carencia de ética social, sustituida por la desfachatez, la bellaquería, la simulación y el vicio en las clases bajas, y por el abuso, la arbitrariedad, la incuria y la crueldad en quienes detentan el poder¹².

II. En busca de una literatura nacional, y rechazando el escapismo modernista, Arguedas señalaría en poetas y escritores de la época el error de «dejar a la Naturaleza intacta, virgen, y sólo fijarse y escudriñar el fondo de sus sentimientos para presentarlos con vigor, aunque desprovistos de espontaneidad (...). Su deber es desentrañar la psicología del grupo. La mejor obra literaria será, por lo tanto, aquella que mejor ahonde el análisis del alma nacional y la presente en observación intensa, con todas sus múltiples variaciones» (PE, I, 596). Y en otro momento afirmaría que «la pampa y el indio no forman sino una sola entidad. No se comprende la pampa sin el indio, así como éste sentiría nostalgia en otra región que no fuese la pampa» (PE, I, 414).

Consecuente con tales aseveraciones, las descripciones y los pasajes costumbristas adquieren en *Raza de bronce* una importancia excepcional. Por lo que a las primeras hace referencia, es necesario

¹² De todas maneras debe quedar ya bien claro que la responsabilidad de la degeneración nacional recae sobre todo en el componente indígena del mestizaje, como Arguedas deduce del «modo de ser colectivo, anormal, curioso, raro. De no haber predominio de sangre indígena, desde el principio hubiera dado el país orientación consciente a su vida, adoptando toda clase de perfecciones en el orden material y moral, y estaría hoy al mismo nivel que pueblos más favorecidos por corrientes inmigratorias venidas del viejo continente» (PE, I 413).

detenerse en las dedicadas a la naturaleza y que pueden considerarse de doble signo, el más llamativo de los cuales está bien representado por la que abre el relato:

«El rojo dominaba en el paisaje.

Fulgía el lago como un ascua a los reflejos del sol muriente, y, tintas en rosa, se destacaban las nevadas crestas de la cordillera por detrás de los cerros grises que enmarcan el Titicaca, poniendo blanco festón a su cima angulosa y resquebrajada, donde se deshacían los restos de nieve que recientes tormentas acumularon en sus oquedades.» (RB, I, 218).

Un atardecer no desprovisto de belleza, aunque ésta no sea perceptible —y Arguedas se cuidará de aclararlo en varias ocasiones— para el habitante del yermo, pues para ello se requiere una óptica determinada: en este caso la de un autor («real», para evitar disquisiciones que en este momento ya no serían de utilidad) provisto de determinada sensibilidad y ciertos clichés estilísticos, de cuño modernista a pesar de todo¹³. De signo opuesto serían otras descripciones más «realistas» o crudas, que dan testimonio de una geografía inhóspita, aunque ciertamente esa oposición entre unas y otras resulta discutible, pues en general tienen en común la debilidad de Arguedas por las notas de color:

«La llanura, escueta de árboles, desnuda, alargábase negra y gris en su totalidad. Algunos sembríos de cebada, ya amarillentos por la madurez, ponían manchas de color sobre la nota triste y opaca de ese suelo casi estéril por el perenne frío de las alturas...» (RB, I, 219).

También es posible observar «cierta conflictiva contradicción estilística»¹⁴ entre la presentación idealizada (hasta cierto punto) de la joven pareja de indios enamorados, Agiali y Wata Wara, o del anciano Choquehuanka, modelo de sabiduría indígena, en las que pueden advertirse ecos de una ya larga tradición literaria indianista, y la 'realista' o cruda que se hace de los demás personajes. Una vez más parece evidenciarse el conflicto entre la cultura literaria de Arguedas y sus observaciones de los habitantes del yermo. Conflicto también más aparente que real, puesto que la belleza de Wata Wara y la fortaleza

¹³ En repetidas ocasiones, tanto en *Raza de Bronce* como en otros escritos, Arguedas insiste en la incapacidad del indio aymará para cualquier clase de sensibilidad estética, y por supuesto para deleitarse con los espectáculos de la naturaleza. Ello no impide que alguno de sus personajes muestre estar dotado de tal capacidad en un momento dado, como es el caso de Agiali al enfrentarse con el paisaje del altiplano tras su accidentado viaje a los valles (Véase RB, I, 277-78).

¹⁴ Véase al respecto Raimundo Lazo, *La novela andina*, Editorial Porrúa, México, 1971, pp. 37-40.

de Agiali no suponen una forma de sentir o de actuar distinta de la de los restantes miembros de su etnia; y ni siquiera Choquehuanka, figura que alcanza indudable grandeza, y cuyo rostro «acusaba una gravedad venerable, rasgo nada común en la raza», se libra del carácter fatalista, huraño y mañero que se atribuye al indio aymará¹⁵.

Las descripciones a que hasta el momento he hecho referencia —y a las que podrían añadirse otras: de las viviendas, las ropas, etcétera— son de orden estático, ajenas a cualquier acontecimiento o devenir temporal. Son las menos. En su mayoría aparecen ligadas a alguna forma de acción, y el ejemplo más significativo lo constituye el viaje que realizan los indios puneños a lo largo de la casi totalidad de la primera parte de la novela, significativamente titulada «El valle». Ciertamente, el ir y venir de un personaje o personajes les permite entrar en contacto con nuevas situaciones, lo que da lugar a una posivilidad ilimitada de episodios sucesivos, y por ello el viaje es un recurso muy conocido y utilizado en la narrativa como soporte argumental; pero el que aquí se realiza en busca de simiente a los valles cercanos a La Paz, no es sino un pretexto para incorporar al relato nuevos espacios geográficos, nuevos paisajes, tipos humanos, creencias o supersticiones, costumbres, productos, flora y fauna: una larga interrupción de la acción principal que permite mostrar las reacciones del indio ante lo desconocido, sus intercambios comerciales, y su lucha con la enfermedad y con una naturaleza hostil y destructora, tema tan grato a los autores hispanoamericanos de la época, con su momento culminante en la muerte de uno de los viajeros arrastrados por la corriente torrencial del río.

También la segunda parte, «El yermo», ofrece una gran exhuberancia descriptiva. El etnólogo, el naturalista, el sociólogo Arguedas muestra aquí las peculiaridades del mundo indígena del altiplano en secuencias ligadas por un hilo narrativo apenas perceptible, que sólo parece adquirir cohesión en los últimos capítulos. Se suceden los cuadros o episodios narrativo-descriptivos, a través de los cuales se muestra al lector la geografía próxima al lago Titicaca, la inclemencia de la climatología, las faenas agrarias y de pesca, los ritos propiciatorios, las celebraciones que rodean acontecimientos y fiestas más importantes, las previsiones sobre el clima y las cosechas, las supersticiones, el hambre y las privaciones sin cuento, e incluso las actividades del cura que vienen a sumar desgracia sobre desgracia. Y, tras la llegada del patrón con sus amigos a la hacienda, aún asistimos a la recepción que se le ofrece, al ceremonial de la transmisión de poderes de las autoridades indígenas, y a una celebración religiosa, la misa de la Cruz, donde queda patente la complicidad del clero con los terratenientes,

¹⁵ Véase su descripción en RB, I, 296-98.

y que termina, como es característico de todas sus fiestas, con los colonos en estado de la más absoluta embriaguez.

El relato cobra en los últimos capítulos, por el comportamiento insolente de los blancos, un dramatismo creciente que desemboca en el violento alzamiento final. Pero para entonces Arguedas ya ha dicho cuanto tenía que decir sobre el indio aymará, pues tanto sus representaciones de objetos y personas como la descripción de las costumbres están concebidas a la manera decimonónica (realista-naturalista), con una función que es sobre todo explicativa y simbólica, reveladora, justificadora y determinante a la vez de la psicología de los personajes. Los diálogos y actuaciones de éstos no hacen sino completar una visión de los mismos que, resumida por el propio escritor boliviano, podría ser ésta:

«El aspecto físico de la llanura, el género de ocupaciones, la monotonía de éstas, ha moldeado el espíritu de manera extraña. Nótase en el hombre del *altiplano* la dureza de carácter, la aridez de sentimientos, la absoluta ausencia de afecciones estéticas. El ánimo no tiene fuerzas para nada, sino para fijarse en la persistencia del dolor. Llegase a una concepción siniestramente pesimista de la vida. No existe sino el dolor y la lucha. Todo lo que nace con el hombre es pura ficción. La condición de éste es ser malo y también de la Naturaleza. Dios es inclemente y vengativo; se complace en enviar toda suerte de calamidades y desgracias...» (PE, I, 415).

La confrontación de esas secuencias narrativo-descriptivas de *Raza de bronce* con las teorías expuestas por Arguedas en sus otros escritos permite comprobar que aquéllas no son otra cosa que la «novelización» de su visión personal de las costumbres y mentalidad del indio. En efecto, si preocupación fundamental de éste, como se afirma en *Pueblo enfermo*, «es aplacar, con prácticas curiosas, el enojo de Dios, ofreciéndole sacrificios» (I, 415), su correspondencia puede encontrarse en el pasaje de la novela relativo al ritual propiciatorio de las divinidades lacustres, exigido por la escasez de la pesca en el Titicaca (RB, I, 285-7); si mantiene la creencia prehispánica de que «la muerte era una especie de transición a otro estado más perfecto en que el hombre gozaría de toda clase de bienes. Y de semejante creencia ese su sistema de embalsamamiento, algo análogo al de los egipcios, y el afán de proveer al difunto de toda suerte de utensilios y cosas necesarias de regular uso» (PE, I, 415), suficientemente explícito es el pasaje de los funerales de Quilco, quien se va al otro mundo con su mejor ropa, con su bolsa de coca y maíz, herramientas e incluso quena y zampoña, «para que matase la murria modulando los aires aprendidos en la juventud» (RB, I, 302-3); y si «su vida es parca y dura, hasta lo increíble. No sabe ni de la comodidad ni del reposo. No gusta placeres,

ignora lujos. Para él ser dueño de una ropa llena de bordados con la que pueda presentarse en la fiesta del pueblo o de la parroquia y embriagarse lo mejor que le sea permitido y el mayor tiempo, es el colmo de la dicha. Una fiesta le parecerá tanto más lucida cuantos más días se prolongue. Bailar, beber, es su sola satisfacción; no conoce otras. Es animal expansivo con los de su especie; fuera de su centro manteniéndose reservado y hosco. En su casa huelga la miseria absoluta, el abandono completo» (PE, I, 416), toda la novela señala con insistencia esa vida de bestias, alterada de cuando en cuando por celebraciones que concluyen irremediabilmente en la embriaguez más degradante¹⁶.

Los ejemplos podrían multiplicarse. Añadamos solamente uno más, el ilustrado en la novela por el viaje a los valles con la muerte de Manuno, arrastrado por la corriente del río: «Andariego empecinado, la distancia no le acobarda ni para emprender sus viajes toma precauciones; sabe que ha de volver al punto de partida, y vuelve, sea cual fuere el tiempo transcurrido. Si no, es que algo le ha sucedido; seguramente el río se lo ha llevado, o un torrente lo ha cogido, o lo ha pulverizado una centella. La familia sólo se preocupa de recobrar los efectos perdidos, recuperar las bestias de carga, las ropas del difunto, su dinero, lo poco que haya podido dejar» (PE, I, 418). En todos los casos es evidente la pretensión de Arguedas de animar por medio de personajes y acción sus observaciones sobre la geografía del altiplano y la vida del indio.

El deseo de arraigar la ficción en el acontecer real afecta también a otros aspectos de la novela: el tiempo de la historia narrada tiene una relación evidente con el acaecer, nada literario, de los años 1898 a 1905, cuando las cosechas se perdieron año tras año, hasta el punto de obligar a los habitantes del yermo a emigrar a la ciudad. La falta de lluvias hizo bajar las aguas del Titicaca, hecho que los indios atribuyeron a «fabulaciones sobrehumanas», y «aun los blancos de cierta categoría dijeron de maldiciones divinas y los curas de aldeas y pueblos propalaron, entre sus ignorantes feligreses indios, enojos de Dios contra la decaída raza y su deseo de hacerla desaparecer por *inobediente, poco sumisa y poco obsequiosa*» (PE, I, 419). Documentada está también su visión de los abusos del clero y de los patronos, e incluso un detalle anecdótico como el anuncio periodístico del alquiler de «*pongos con taquia*», demostrativo de los escasos escrúpulos del terrateniente, ha sido extraído de la prensa real¹⁷.

¹⁶ Véanse, sobre todo, los funerales de Quilco (RB, I, 302-305), la boda de Agiali y Wata Wara (RB, I, 319-321) y la celebración de la fiesta de la Cruz (RB, I, 335-342).

¹⁷ Véase RB, I, 316 y PE, I, 424.

III. El pensamiento de Arguedas sobre el indio se muestra pues claramente, no sólo a través de las irrupciones frecuentes del autor, sino sobre todo de la presentación del indígena, de sus costumbres, de su comportamiento, de la naturaleza implacable que determina su manera de ser. Pero queda aún un aspecto que merece ser precisado, y es el de las relaciones de los colonos con el terrateniente. Las referencias a la explotación, los malos tratos y abusos de toda índole de que el indio es objeto, y de los que deriva su actitud de fatalismo resignado, son abundantes a lo largo de la novela, y se acentúan extraordinariamente en los últimos capítulos, con la llegada a la hacienda del patrón y sus amigos. El blanco opresor se define por sus propios actos, y hay que recordar el ya apuntado «acholamiento» de la raza blanca, que explica la conducta de estos arquetipos de la vileza y la brutalidad. Ahora bien, las distintas actitudes hacia el indio por parte de los recién llegados revelan que el planteamiento del problema no es tan simple como la explotación del colono indefenso por el patrón sin escrúpulos. Especialmente significativa es la discusión que se mantiene sobre este tema, en la que Suárez y Pantoja asumen respectivamente la defensa del indio y del terrateniente. Suárez parecía en algunos momentos convertirse en el «raisonneur» de la obra, en el transmisor directo del pensamiento arguediano —sobre todo al referirse a la destrucción inútil de la flora y fauna del Titicaca, cuando «hablaba con pena, con esa pena del hombre honesto que ve miserias y no puede remediarlas» (RB, I, 347)—, mientras en otros este escritor de obras indianistas es tratado con un dejo de burla o con un tono de censura evidente: «Cojeaba, pues —llega a decir Arguedas—, del mismo pie que todos los defensores del indio, quienes casi invariablemente se dividen en estas dos categorías: los líricos, que no conocen al indio y toman su defensa como un tema fácil de literatura, o los bellacos, que, también sin conocerle, toman la causa del indio como un medio de medrar y crear inquietudes exaltando sus sufrimientos, creando el descontento, sembrando el odio con el fin de medrar a su hora, apoderándose igualmente de sus tierras» (RB, I, 361). Pero en realidad su personaje no es ni una cosa ni la otra. Arguedas ha hecho de él un típico representante del rubendarismo, «obsesionado con encantadas princesas de leyendas medievales, gnomos, faunos y sátiros» (RB, I, 360), y sucesor de una larga tradición literaria que idealiza la figura del indígena o la hace perderse en las brumas legendarias del mundo prehispánico, pero sus reflexiones sobre la situación del indio en el altiplano, el absurdo exterminio de las especies animales allí y en todo el país, con su significación de riqueza perdida para siempre, e incluso su defensa de la dictadura como remedio para la palabrería inútil de los políticos cholos, está claro que nada

tienen de «líricas». Y, sin embargo, al asumir la incondicional defensa del indio resulta malparado¹⁸: lo considera trabajador, laborioso, económico, etc., pero sus conocimientos se basan más en lecturas que en la experiencia directa de la realidad, y los argumentos del propietario de la hacienda le dejan en evidencia. Si los patronos han hecho al indio víctima de una explotación secular, lo han tratado como a su enemigo natural y no se han preocupado jamás por mejorar su suerte ni las haciendas de su pertenencia, los indígenas son una raza cerrada, perversa, solapada, hipócrita, cruel y vengativa, y su educación entraña un grave peligro, pues, cuando la tengan, esos cuatro quintos de la población boliviana invocarán los «principios de justicia e igualdad, y en su nombre acabarán con la propiedad rústica y serán los amos...». Es más, los servicios que prestan son el pago por los terrenos que ocupan, los mejores de cada hacienda, y si no prosperan es porque se oponen sistemáticamente a todo tipo de innovación y derrochan su escaso dinero en fiestas y alcohol. El comportamiento de los colonos a lo largo del relato confirma los razonamientos de Pantoja, que termina ofreciendo la auténtica versión, en términos arguedianos, del conflicto:

«...Yo, te digo sinceramente, los odio a muerte y ellos me odian a morir. Tiran ellos por su lado y yo del mío, y la lucha no acabará sino cuando una de las partes se dé por vencida. Ellos me roban, me mienten y me engañan; yo les doy de palos, les persigo...

—Hasta que te coman, como tú dices.

—Sí, hasta que me coman o ellos revienten.....» (RB, I, 352).

La secuencia final de la novela, con el ataque de los colonos en rebelión, adquiere así un sentido que no es el de la lucha del explotado contra el explotador, sino el de una respuesta violenta a la violencia del poderoso, la explosión del odio y del deseo de venganza. Arguedas insiste en sus escritos teóricos en esta capacidad de respuesta sangrienta como característica racial del aymará:

«...su alma es depósito de rencores acumulados de muy atrás, desde cuando encerrada la flor de la raza, contra su voluntad, en el fondo de las minas, se agotara rápidamente, sin promover clemencia en nadie. Y este odio ha venido acumulándose conforme perdía la raza sus caracteres y rasgos predominantes y aumentaba en el dominador la confianza en sus facultades dominatrices. Hoy día, ignorante, maltratado, miserable, es objeto de la explotación general y de la general antipatía. Cuando dicha explotación, en su forma agresiva y brutal, llega al colmo y los sufrimientos se extremen hasta el punto de que padecer más sale de los lindes de la humana abnegación, entonces el indio se levanta, olvida su manifiesta inferioridad, pierde el instinto de

¹⁸ Véase todo el diálogo en RB, I, 349-352.

conservación y, oyendo a su alma repleta de odios, desfoga sus pasiones y roba, mata, asesina con saña atroz. Autoridad, patrón, poder, cura, nada existe para él. La idea de la represalia y el castigo apenas si le atemoriza y obra igual que el tigre de feria escapado de la jaula. Después, cuando ha experimentado ampliamente la voluptuosidad de la venganza, que vengan soldados, curas y jueces y que también maten y roben..., ¡no importa!» (PE, I, 420).

El conflicto planteado en la novela se centra pues en un fenómeno de intolerabilidad racial, en una lucha de etnias en la que sólo sobrevivirá el más fuerte. «En la región llamada *interandina* —puede leerse en *Pueblo enfermo*— vegeta, desde tiempo inmemorial, el indio aymará, salvaje y hurafío como bestia de bosque, entregado a sus ritos gentiles y al cultivo de ese suelo estéril en que, a no dudarlo, concluirá pronto su raza» (I, 414). El indio es quien, en resumen, ha de llevar la peor parte.

En la discusión entre Suárez y el dueño de la hacienda hay otro punto de interés, y es esa alusión al peligro que la educación supondría, pues cuando el indio la poseyese apelaría a los principios de justicia e igualdad, y ello significaría el fin de la propiedad privada: «un bien legítimo de sus propietarios, que nadie puede arrebatárselos sin atacar fundamentalmente el derecho de propiedad, sagrado aun entre los salvajes» (PE, I, 350). El razonamiento no debe interpretarse como expresión por parte de Arguedas de su oposición a la educación del indio; en los momentos más optimistas parece conceder, en sus escritos teóricos, un papel fundamental a la labor educativa, que permitiese sacar el mejor partido de sus virtudes —porque las tiene, y Arguedas se las reconoce—, aun a sabiendas de que «mundos enteros de diferencia separan (...) a nuestros agricultores indios de los agricultores yanquis, y esos abismos no se nivelarán creo que nunca, porque provienen de factores de raza y morales, que no se nivelan ni se pierden» (DS, I, 1.109). Si ha de relacionarse en cambio con su violento anticomunismo, también presente en la citada alusión a los «bellacos» que sin conocer la situación del indígena toman su causa para crear «inquietudes» y medrar a su costa. Para Arguedas el izquierdismo en Bolivia «es una simple táctica» de algunos partidos para enfrentarse al descontento de la masa, «la cual es movida y agitada por gentes de poca cultura y poca elevación moral...»¹⁹. Recuerda las reflexiones de Taine en *Los orígenes de la Francia Contemporánea* a propósito

¹⁹ «...y muy especialmente por un agitador criollo de seudónimo ruso...», concluye Arguedas (PE, I, 602). Para él puede decirse que el comunismo boliviano está personificado en Gustavo Navarro, conocido por el seudónimo de Tristán Marof, organizador del partido socialista en 1925. Los ataques fueron mutuos. Para los dedicados por nuestro autor a su rival, véase PE, I, 605, y DS, I, 998-1008.

de los efectos nefastos producidos en las masas populares francesas por las teorías de los enciclopedistas, y las aplica a los que podía causar el marxismo o bolchevismo entre los indios analfabetos, pues los «conceptos de justicia absoluta, de igualdad absoluta, de desinterés absoluto, son meras abstracciones o especulaciones de filántropos y no responden todavía a la esencia íntima de la naturaleza humana» (PE, I, 602-4).

En los años treinta, Arguedas encontraría en los teóricos del nacionalsocialismo alemán un sólido apoyo para sus presupuestos sobre los males que aquejaban a Bolivia y para su crítica a los comunistas. En los escritos de Hitler pudo hallar la confirmación de los peligros que acarrea la mestización de los pueblos (PE, I, 612-3), y de *La misión de la joven generación*, de E. Günter Gründel, extrae la definición de la revolución bolchevique y de los movimientos proletarios en general como «revuelta de los subhombres»²⁰. Insistir en la admiración de Arguedas por la Alemania nazi, manifiesta en algunos momentos, no deja de ofrecer riesgos: ha de comprenderse dentro de un momento histórico muy peculiar de la historia boliviana, cuando el país sufre las desastrosas consecuencia de la Guerra del Chaco y seduce el espectáculo de una Alemania en ascenso. Y en todo caso, es claro que esa admiración mantiene sus reservas, como cuando advierte que la «des-intelectualización» de la juventud alemana «puede conducir a la perfecta animalización», o señala el «algo de brutalidad» del proceder contra los judíos²¹.

IV. La originalidad del escritor boliviano en cuanto a sus planteamientos sobre la raza y la importancia del medio es escasa, como puede suponerse, y no nos interesa especialmente. Señalemos únicamente que Arguedas recoge la tradición decimonónica sobre estos temas: las aportaciones de la antropología social, del organicismo social, de la psicología social y otras ciencias que por entonces habían puesto especial énfasis en la cuestión racial como determinante del progreso de un pueblo, de su superioridad o inferioridad física, emocional, intelectual y moral. El problema contaba ya con toda una tradición hispanoamericana, en la que se inscriben personalidades tan significativas como Juan Bautista Alberdi, Sarmiento (piénsese en *Facundo*, pero sobre todo en *Conflicto y armonías de las razas en América*) o Carlos Octavio Bunge (*Nuestra América: Ensayo de psicología social*, 1903)²², y dentro de Bolivia con Nicomedes Antelo y Gabriel René

²⁰ Véase PE, I, 604-5, y DS, I, 1122-1124.

²¹ Véase DS, I, 1122.

²² Sobre los análisis que en torno a 1900 proliferan tratando de determinar las razones del atraso sociopolítico y económico de los países hispanoamericanos, véase Martín S. Stabb, «El continente enfermo y sus diagnosticadores», cap. II

Moreno. Poco conocido, Antelo fue un personaje curioso, acérrimo defensor de la filosofía de la evolución y convencido de la inevitable desaparición de indios y mestizos para la regeneración de su país. En el medio social argentino —vivió en Buenos Aires desde 1860 hasta 1882— pudo observar el rápido progreso social que acompañaba a la irrupción de los emigrantes europeos, lo que reafirmaba sus convicciones sobre las causas de los males patrios²³. También Gabriel René Moreno se pronunciaría por la superioridad del blanco frente al indio y el mestizo o cholo. Las huellas de las múltiples influencias son perceptibles en Arguedas, dando lugar en ocasiones a razonamientos de coherencia discutible, en los que se advierte también el impacto de la vida política boliviana, de las preocupaciones nacionales del momento²⁴, y el apasionamiento característico del autor.

El eco de las tensiones ideológicas y políticas se registra en *Raza de bronce*, y explica algunos cambios de actitud, que llegan a ser llamativos, como se ha apuntado, en la presentación del terrateniente y de su amigo Suárez. Anotemos otro detalle, el último, que parece muy significativo al respecto: en el transcurso de la ya mencionada discusión sobre las relaciones entre colono y patrón, Suárez compara la situación del mujik ruso con la del indio del yermo, pero su opinión queda de inmediato desautorizada; como argüirá Pantoja, su conocimiento del mujik es tan literario como el que tiene del indio, y de la lectura de Gorki puede extraerse también una visión negativa del campesino ruso. La anécdota puede parecer trivial, pero adquiere sentido si se tiene en cuenta que Gorki contaba con cierta difusión, y que escritores de izquierda consideraban el «mujikismo» como expresión prerrevolucionaria de la literatura rusa, función que debía desempeñar en el mundo andino la incipiente literatura indigenista de los años veinte²⁵. Al desechar, por literaria, su denuncia del feudalismo en Rusia, se trata de invalidar su significación prerrevolucionaria, y de paso la que pudiera atribuirse a los escritos sobre la problemática del indio. Los hechos desde la izquierda, naturalmente.

Raza de bronce es, y concluyamos, el resultado de un difícil equilibrio: la constatación —y denuncia, ciertamente— de las infrahumanas condiciones de vida en que se desenvuelve el indio del yermo, razonadas en términos «científicos» de geografía y etnia, evitando a

de su *América Latina en busca de una identidad*, Monte Avila Editores, Caracas, 1969.

²³ Véase Leopoldo Zea, *El pensamiento latinoamericano*, Editorial Ariel, Barcelona, 1976, pp. 300-303.

²⁴ Véase José Ortega, *Aspectos del nacionalismo boliviano*, Ediciones José Porrúa Turanzas, S. A., Madrid, 1973, en especial el cap. IV, «El problema nacionalista en el ensayo y la novela bolivianos (1900-1932)», pp. 95-113.

²⁵ Véase José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, La Habana, Casa de las Américas, 3.ª edición, 1975, p. 303.

toda costa cualquier desviación hacia un tratamiento del tema en términos económicos o de lucha de clases. Es evidente que el fenómeno social de esa existencia infrahumana del indígena andino (con variantes locales o nacionales, como es lógico) es siempre el mismo, y que sus diferentes posibilidades de interpretación dependen, al menos en parte, de los presupuestos ideológicos de cada autor. Los de Arguedas se reflejan en su novela, condicionan su desarrollo como tal, y le dan una personalidad peculiar dentro del contexto de la narrativa indígenista hispanoamericana. Un estudio comparativo de las ideologías de cada autor y su reflejo en los textos no haría sino poner de manifiesto la enorme diferencia, en el tratamiento de un tema semejante, que media entre *Raza de bronce* y otras novelas habitualmente encasilladas dentro del mismo subgénero, como *El tungsteno*, *Huasipungo* o *El mundo es ancho y ajeno*.

Teodosio FERNÁNDEZ
Universidad Complutense. Madrid
(España)